BASKETBALL

ANTONIO SKARMETA

El tango me venía de un tío incierto que asediaba los jueves en la casa cuando caía algún dinero y a los tallarines a la yugoslava se agregaba carne mechada, suavemente fibrosa, y ciruelas y queso.

En los malones me hacía orillero; tenía afable comercio con los empapelados de los rincones; era un poco Nat King Cole en mi modo de aterciopelar la voz para hablar con las muchachas, y consuetudinario comedor de queques.

El entrenador del equipo del colegio me había dado calabazas. Aunque mi puntería era fiera, aunque fuese capaz de encestar desde afuera de la bomba con la misma nitidez con que una paloma va a posarse sobre el alero de la iglesia, o con el mismo chasquido suavecito con que uno se pone los calcetines de lana, me jodía el prestigio esa cosa de actor de cine, ese afán de complacer mi vanidad sin tregua, de acordarme de un *dribling* de fantasía cuando faltaban tres minutos e ibamos perdiendo. El entrenador había notado mis ojeras, y me palpaba el hígado, y me decía te duele aquí, parece que estás enfermo. Cuando me sorprendió una noche con los colisones del Bier Hall, tramó una entrevista con mis padres. Pero mi viejo estaba trabajando firme en el partido, los pacos le habían molido un cacho de cabeza, y andaba con un tajo de este vuelo. Así que no hizo su epifanía, y hasta yo mismo comencé a acostumbrame a hacer de la cimarra una fiesta. Pero nada muy alegre compañero, puro darle vueltas a vueltas por el centro, puro meterme a las diez de la mañana con un membrillo y un pan con mantequilla a Radar o Rolec a oir discos de Gatica, y los primeros temas de Ray Charles, que eran la acabose. Claro que el viejo de gimnasia entró en componendas con el profesor jefe, que nos enseñaba la filosofía, y que me tenía entre ojo y ojo porque yo me había leído a Kafka y usaba el pelo un poco demasiado largo y todo eso. Cuando me cachó colocando un afiche de Fidel en el diario mural del colegio, llevó el caso al Consejo de la Escuela, de donde salí eximido con honores.

La música que se oía entonces era la de unos negros calugas, los Platters que le llamaban, Giolito tenía un trío más desabrido que un domingo sin fútbol, y el club de jazz quedaba en Merced, cerca del Teatro Santiago, y ahí tenía yo mi oxígeno y mi sangre, aunque nunca una muchacha; allí las chicas tenían esos vestidos de talle largo que le ponían la cintura lijadita y cualquiera aspereza se la limaban las manos encolleradas de los pitucos que tenían billullo para meterle al gin con gin, a las primeras partidas de marihuana, y sobre todo, a esa cosa tan inaccesible, tan remota, tan próxima a la dicha imposible, que se llamaba motoneta.

Conclusión, que mi amigo Jaime que primero soplaba a Brahms valiéndose de un ensordecedor pito fabricado con sus nudillos se había agenciado un clarinete, o tal vez la pura boquilla, y que si uno le ponía buena voluntad a la oreja, podía identificar como *Basin Street* la bazofia que sonaba, y que yo me hinché

de tanto darle a las cacerolas, y visto que como vocalista no iba a ningún lado, porque el chico Calvo me había prestado el long-play de Billy Eckstine, comprendí que no había nada más que hacerle, paciencia. Entonces me enamoré perdidamente de una muchacha de Quinta Normal, muy espiritual la chica, como que no quería nada con la cama, tuve una iluminación patafísica (perdóneme), de lo que era el *je ne sais quois* del basketball, y descubrí que amaba el pellejo más que cualquier cosa en esta galaxia. No me quedaba otra cosa que ser escritor, qué crestas. Así que me puse la bufanda larga de mi abuelo, rompí definitivamente las relaciones con la peluquería, y convencí a Jaime que nos inscribiéramos en el Deportivo Flecha de la calle General Velásquez.

Ahí nos agarró un chico inspirado del que se han perdido la mitad de la vida si no oyeron hablar de él, se llamaba Jaramillo el carajo. Cuando me vio la corpaba y estudió mis manos, me dijo: "Te meto de centrodelantero". Y en efecto yo podía maromear con la bola en la mano derecha delante de los más pintados defensas dejando el cuerito en un equilibrio incólume. Me pusieron de rivales al Tito Salazar, al tenor Yancoli, por último al Flaco Alcayaga, y nada mi alma, los mareaba con el olor del cuero. Apretada a mis falanges la pelota era tan dócil como un pulmón, me latía entregada hecha una gata, las fibras duras al tacto se me hacían entre los dedos un plumaje; yo no hacía nada, la mano mandaba, me torcía el dorso, me contraía el esfínter, las piernas se me apretaban y soltaban como si yo apenas fuera una sombra; en cualquier momento estaba libre de rivales y salía disparado mi pájaro, mi alondra, mi palomita de mierda, a embocarse suavemente en el canasto. Durante los entrenamientos yo podría haber escrito una novela, lo único malo era que Erika le tenía reticencia a la cama, mezquineaba el roce de los senos como si fuera una vaquillona hindú sagrada y todo eso, y yo no tenía vocabulario, una pura peste inflada de silencio, pura sinopsis, y no debutaba formalmente en el lecho, y como siguieran las cosas así hasta maricón podía ponerme.

Segunda parte, que el Flecha salió suavecito quinto en el campeonato de los barrios. Nos pisaron los de Matadero, los del Gustavo Helfmann, los Cerrillos Boys, los Metalúrgicos, y el Seleccionado del Recorrido 4 Alameda General Velásquez. Vencimos por W. O. a Tropezón, y ganamos al Liceo Nocturno Número Doce, y al Deportivo Socialista. Si esto no les dice nada, sepan que en los últimos dos años el Flecha había salido colista irremisible. Yo goleaba lo que me pidieran, pero era en la defensa donde quedaba la escoba, y todo porque seguían con buen ángulo para la cerveza: prosperaban mis ojeras, empezaba a joderme la moral haber espiantado del colegio sin advertírselo al viejo, y no tenía fuelle para ir a cubrir mi zona. Pero desde la mitad de la cancha para adelante era una de las cosas más definitivas que se han visto en basketball. Jaime, que era el único que conocía mis intimidades, me llamaba para callado "la virgen del baloncesto". Y lo que más envidia me daba era que se había tragado un libro de Freud para un trabajo de Psicología y me trataba como un psicópata o algo.

Me dijo que yo estaba sublimándome, dénse cuenta.

Y a lo mejor era cierto, porque a los diez minutos de partido, empezaba a sentir problemas con los pantaloncillos tan estrechos. Entonces tenía que poner-

me de espaldas a la gradería, o pedir en lo mejor del ataque un minuto para cubrirme el medio de las piernas con la pelota, qué iba a hacerle. Y un día hasta pasó lo que ustedes están pensando.

Ahora bien, lo que suele haber en los inviernos de Santiago son los naranjos, la leche cuneteada en la vereda que arrastra cáscaras y papeles entre otras cosas.

Al grano: ese domingo de invierno tuvo para mí introducción de ángel. Me desperté medio místico, casi lúcido, y cuando limpié la cacerola el incinerador olía a espíritu santo, a paloma por lo menos, y eso que no había ni atisbo de sol, puras nubes apretadas, como un tren de carga, y la pura verdad que en cuanto salí a la calle estaba hecho o algo por el estilo. Lo grave era que la noche anterior la había cocinado con pura panimávida, escuchando esas cuestiones de Mozart donde siempre es la misma vaina, para-pa-rá-chipún-chipún, y leyendo un Zane Grey somnolento que entendí maldita la cosa. Así que a la media hora ya estaba buenas noches los pastores.

Después de vestirme y agarrar el balón, como quien dice, pasé por delante de una iglesia donde había dos cabros sacándose la cresta. En la fuente de soda de la esquina, el patrón venía sacándome a un borrachito, y en la frontera del sábado con la madrugada del domingo yo era la mismísima imagen del niñito Jesús de Praga en medio del burdel que había dentro del boliche. Mientras marcaba el número de teléfono de Erika, se me colgó una putita del paletó con mucha labia. Me hice lo más gil que pude, y le pregunté que quieres servirte, un vaso de leche o algo. Y lo que quería era un vaso de leche, así que se fue a tomarlo al mesón haciéndome morisquetas. Yo llamé a Erika, que se demoró en llegar porque estaba amadrinando una gallina según me dijo más tarde, y yo le dije que nos juntáramos en la cancha, que era cosa de vida o muerte. Debo haber sonado tremendo porque no me preguntó si estaba borracho ni nada. Después tuve problemas con un pelusa que quería birlarme el reglamentario de arriba de un taburete y pretendía hacerlo rodar por las baldosas.

Me descolgué de la micro en la Estación Central, y la corrí hasta la cancha del Flecha dándole botes a la pelota como si tuviera la mano imantada. Aunque a lo mejor fue un sueño que yo tuve mientras iba corriendo. Si hubiera sido un sueño, se trataba de lo siguiente: iba corriendo dándole botes a una pelota por calles desiertas, y yo no respiraba ni nada por el estilo, acaso ni corría siquiera; pero el cuero de la bola sudaba dócilmente, y se me replegaba en la piel como una bestia, y se me comprimía en la mano, y me lamía los dedos; era lo mismo que palpar una flor germinando y al pase en el aire se desgranaba, pero de alguna manera al volver a mi mano se hacía otra vez compacta. Y de repente toda la calle fue una sola convulsión, la pelota se iba chupando la acera, empezaba a desentrañar lo que había más abajo de todo límite, sólo el ritmo era seguro y nada más permanecía, era como los discos de Coltrane con Elvin Jones, Coltrane estaba en cualquier parte, traficaba con el caos, llevaba las cosas hasta achicharrarlas, masacraba todo orden, Jones apretaba la expansión, Jones era un gran carajo, Jones era una dama, tantas noches de luna, tanta marea y repujo, tanta cuota de sangre.

En los camarines hallé el cemento húmedo y por las rendijas de la puerta se trasladaban las hormigas, circulaban por las grietas y en la penumbra se balanceaba una telaraña. Alguien había regado el piso de cáscaras de manzanas, pero además alguien había metido todo ese silencio en la mañana para que nadie supiera qué hacer con las manos, y yo olvidé el rostro de mi madre, mi primera casa, la primera soledad en bloque derrotado sobre los rieles del ferrocarril de San Antonio a Cartagena un verano.

Me calcé las zapatillas, la camiseta naranja con el quince negro bordado pequeño en el pecho y grande en el lomo y caminé sin prisa hasta el medio de la cancha. Antes que coordinara los antebrazos y rozace con los pulgares el borde de las cejas, antes que pudiera oler profuntamente toda la redondez de la bola, supe que acertaría en el canasto aunque no mirara. De modo que me senté sobre la pelota, y me quedé todo el rato en el círculo mirándome las rodillas.

Cuando Erika me sorprendió, por el hombro sentí una especie de incendio. Junté mis pobres llamas, mis huesos pueblerinos, puse el verdadero límite que había entre mis dos orejas, y fui pujando las palabras, aunque estuviera tan mudo, tan certeramente de incógnito en el planeta, con los codos agudos y las falanges flexibles. Iba a empujar a Erika sobre el tronco del borde izquierdo hasta que sus muslos se le reventaran con mi rodilla, hasta que tuviera que pedírmelo en nombre del santo padre, de todos los testigos de Jehová, de cuanto bueno y falso profeta ha habitado la galaxia. Yo que no quería morir era capaz de brindar la muerte. Como si se me hubiera agigantado la mano y pudiera romper entre la palma un cuello o una pelota, triturar una yugular o masacrarme la cabeza contra el poste bajo el cesto.

— ¿Qué te pasa? — preguntó, con los ojos así de abiertos como si alguien se los estuviera tirando. Por arriba de la mata de pelo castaño, del severo moño de liceana burra, el sol ya la estaba haciendo una especie de arcángel. El resto de la luz existía para puro joderme los ojos. Me levanté, y allí debió haber terminado el sueño: otra vez respiraba, pero pam-pam-pam, como a patadas.

Ni siquiera se me ocurrió sacar la camiseta para cubrir las entrepiernas. Si venía en serio a besarme (lo vislumbraba en el modo de mitigar los párpados), si ponía carne con carne el labio y mi hocico, se acababa para ella la fiesta. Se acababa el nombre de su padre, esa guitarrita de los canutos que tanto le gustaba oir en la Quinta con señor voy a tu reino, y carecía de importancia que fuera Erika, la princesa del barrio Quinta con los pechos duros y los muslos calientes, podría haber sido Olga la de Manuel Montt primera cuadra, que se aterciopelaba tanto con los discos de los Cuatro Ases y te hacía sentir sus caderas como un vaivén de tu propio vientre, o Angélica que siempre era demasiado pálida para hacer el defintivo holocausto, o a la pequeña Gloria que se encerraba a llorar amores perdidos que jamás tuvo en los wateres de los anfitriones durante las fiestas de quinto año.

Le agarré el beso en el vuelo, allí le hice la primera trampa con el diente, sin darle tiempo a respirar, y luego le fui empujando el beso para metérselo a la garganta, para sembrárselo en cualquier parte de la carne donde se le

levantara la mano haciéndose uña en las costillas del amante. "Estoy enamorado" — le dije.

— ¿Qué se siente?

Me permitió que mascara el pelo encima de su oreja. Con el sol se caía todo el follaje, se precipitaba un pájaro, me dolía el cuello equilibrándome, los hoyos de las narices agolpados de cabello. Y su boca estaba húmeda, y mis labios perfectamente secos, hechos una sola grieta, un jeta de aserrín, de muñeco, me daba miedo dañarla con el roce, pero la humedad de las encías me los iba poniendo fértiles, tenía todas las palabras necesarias para embolinarla, en cualquier momento comenzaría a levitar, con la sangre tirando hacia las mechas era como si todo el cielo fuera una fiebre imantada, pero las palabras me hinchaban el cuello y el diafragma, le faltaba algo que las ordenara, alguien que presionara mi hocico para irlas modulando. Podía replicar "una dulzura inmensa", "una masacre", "una rabia". Agárrame las costillas, decía mi jadeo, suelta mi pantaloncillo con tus uñas, muerde ahora la camiseta, pon tu lengua debajo de mi hombro, vamos más allá de toda garganta, más allá de las cejas, de las rodillas, de esta asfixia, Erika, de este espacio que se verá combado tras tus ancas hecho una gran cama, una alfombra de aire, tú y yo haremos época, levitaremos empujados por la resolana y todo sucederá en el aire, estrellándonos contra las aves, aplastando en su territorio los mismos insectos, como abejas, como perros, como ángeles. Pero Erika quería que yo estuviera muerto, no iba a permitir más tratativas que pasteles e invitaciones al cine, que bailoteos los sábados por la tarde y Roberto Inglés con un sólo dedo y los Cuatro Ases de mierda, y que yo sucumbiese simplemente, con las manos calientes, con mi penacho alzado, con mi cuello doblado hecho un río sin fundamento, una pura corriente pueblerina para meter las patas, ultrajarla con la piel suavemente callosa, delicadas protuberancias de hembra, y luego salirse gritando, secarse con una toalla, subirle el volumen a la radio, masticar un sandwich, comprar cigarros Liberty, convesar con el hermano menor, poner en orden el pliegue de la falta... ¡Si me hubiera preguntado otra vez qué se siente! Y de pronto, sólida, compactamente las cabezas se nos estrellaron contra el árbol. Si ella no gritaba era porque yo le tapaba la lengua con mi boca, y las vetas del árbol le soltaron ese chorro en la mejilla, y eran las hormigas las que andaban por encima del cuello y se me insertaban en la oreja, y qué querían sus manos, pulverizarme el hígado, trasparentar los pulmones, poner en crisis esas duras venas, casi quebradas, casi sudorosas, o yo la estaba matando y su cara era violeta y era amarilla y era rosácea, y había un modo en que el asfalto hablaba, un estilo de decir el sol, un modo de reventarse los árboles sin que se les moviera un pelo, de pie, transpirando, y yo le solté los labios, yo le metí la mano por la cintura para que ella viviera, para que sumisamente doblagara sus lomos y sus senos al sol, pero no quería su libertad, iba como a vomitarla sobre mi hombro, le iba a salir otra sangre por los ojos, se iba a derramar moquillenta por las narices, las orejas se le iban a caer en pedazos cubierta de hormigas (ibas a morirte Erika como una flor estúpida, como un ombligo incólume), y yo llevé mis manos contra su nuca, y me pateaba entre las piernas, se armó de dientes, se armó de saliva, tenía los senos duros como coscachos, coces y yo zurré su cabeza contra el tronco,

como en defensa propia, en úlima agonía le fue metiende las uñas por el pelo, machucándole la frente, y su sudor fue cubriendo la aspereza de la madera, se le desgarraba la nariz, iban a reventársele los labios, y entonces la dejé ir, estaba demasiado lloroso para seguir viviendo, en medio de las piernas los dolores eran alaridos, como si ella hubiese hecho el gesto final, implantando el más feroz de los colofones me ponía la lengua en el cemento, ella quería que yo fornicara con los ásperos granulillos del concretos, con el pulverizado de goma de las zapatillas, con los dientes partidos contra una boca estéril, ella quería verme llorando, quería seguir su oferta al sol, su propio llanto, su pómulo rasgado, su pelo negro húmedo, los bordes de sus senos mojados, mordidos, degradados, ella quería irse, se iba, y yo era un final perfecto, casi un marica, virgen definitivo, ausente, el polvo podrido en las narices, esa triste dureza inútil allá abajo.

Entonces Erika debió haberse ido, y yo tal vez tendría las yemas de los dedos sobando mis cejas, o las uñas en la boca para que no me vieran llorando, o Erika estaba allí y el sol se anegaba entre pestaña y pestaña y el llanto me hervía hasta enceguecerme. Por debajo del cemento sentía venir una sombra, un alero que apenas empezaba a mojarme los tobillos, una lenta cortina, como un final de acto de una muy mala obra donde los protagonistas permanecen estáticos buscando en la inanidad el drama, como si la piedra, el ojo crispado, contuvieran una acción que más valdría que no llegara a ninguna parte, como van a cerrar la pieza con la muerte de este servidor que le habla, y ustedes van a salir al foyer a fumarse un cigarrillo.

Esa era mi sombra, especialmente dedicada para irme helando las piernas, cubriendo los pelillos rizados, sin prisa, y mi vientre después de todo se replegaba aunque el sol me lo estuviese buscando, como a cuchillada supongo, como si mi vientre no fuera la sinfonía inconclusa ni esa riña fuera un último tango o una canción pasada de moda, o un asesinato en cualquier acequia. Puta madre, empecé a saborear la piedra: a rozar dulcemente mi nariz contra la capa de polvo que se iba abriendo con un diseño simple e indescifrable. Encima del bozo, las lágrimas sabían formidables. Las fui trayendo con la punta de la lengua sobre la capa de dientes, empecé a rasparme las encías con las uñas, a palparme los pómulos, y los sentía todos calientes, recién florecidos, ridículos, mofletudos, cómicos. Y mi sexo también era divertido, tan acurrucado, mosquita muerta, un pobre pedazo hipocondríaco que había fallado en su mejor acto, delante de todo el escenario de mis fantasmas, delante de Samuel Bennet por ejemplo, delante de Holden Caulfield, de Chet Baker, de Jerry Mulligan, de Coltrane, de Joao y la Astrud Gilberto, de Dorival Caymini, de Julio Soza, delante de mis abuelos recios de grupas, delante de tantas conversaciones enfermas en boites penumbrosas, calugonas, de tantos senos intuidos y nunca acariciados, delante de mis amigos triunfadores, Golden siete en Biología y a Medicina, Carvallo 7 en Matemáticas y a Arquitectura, Villanueva 7 en Gimnasia y a la Primera de la U de Chile, delante de todos los padres que nos sorprendieron un poco más adentro del beso en sofás destartalados de todas esas calles empedradas de Santiago, de las vergonzosas noches yertas, imbéciles, con la revista en la mano y las baldosas manchadas, y entonces yo me fui replegando, acurrucando sobre un centro del que carecía, huyéndole al lengüetazo de la sombra, y de la misma mueca del llanto fue afilando lenta-

mente la sonrisa, fui cerrando los ojos, fui durmiéndome, las rodillas contra el pecho, animal, definitivo, una fiera más en el planeta, como ese árbol, ese pasto seco.

Desperté cuando el asfalto estaba blanco. La sombra había pasado sobre mi lomo para ir a derramarse contra la pila de ladrillos detrás del arbusto. Tuve necesidad de beber agua, pero mis piernas se me agarrotaban, impidiendo que me moviera. Fui trasladándolas lentamente, ofrecido al sol, hasta que cedió la piel debajo de las rodillas. Entonces traté de levantarme apoyando la cadera contra el suelo, y luego la mano, y en seguida torcí el dorso, y ahí fue donde me sorprendió toda la marejada de luz y hube de doblar el cuello sobre la camiseta. Arrodillado, me pasé concienzudamente la lengua sobre los labios, eché escupito sobre las manos y me mojé un poco la frente y los pómulos y los ojos. Casi a hurtadillas ladée la mirada para agarrar al sol recto sobre mi cabeza. A tropezones, con la vista gacha, la luz patinándome por los hombros como una lluvia persistente, fui a recoger en el centro de la cancha la bola. El tacto del cuero me dio alivio. Se le había concentrado todo el sol, se le asomaba un cototo cerca de la válvula, y me costó agarrarla y envolverla completamente entre las falanges tensas. Entonces busqué el aro, la grave estructura de la malla inviolada en el espacio, sin viento, sin música, ni pájaros, ni espectadores, ni ruido de follaje, ni música desde las casas próximas. Neciamente presentí que yo no podía corromper ese silencio. Cuando se rozaron los faldones de mis pantaloncillos, torcí el cuello temeroso de que alguien viniera a censurarme. Casi sin notarlo, fui poniéndome en cuclillas y sin darle bote a la bola como era mi costumbre, los brazos se fueron atrás, dulcemente se replegaron como quien recoge peces en el océano, entre las rocas una varazón de sardinas, y todo el aire agrietado en el sol se estremece con lo que chorrea la estela. Y yo me fui elevando con el gesto, supe que mis tobillos despegaban de la cancha armónicamente pero definitivos, y mis manos quedaron suspendidas en el espacio y los ojos bailaron el círculo al aro.

La bola coletaba dentro de la malla.

Olvidé como sonó al retornar al asfalto, no sé si cayó alguna vez o si estuvo todo el tiempo amarrada a la red hasta que se jugó el partido contra Ferroviarios, o si rebotó violentamente y fue a estrellarse contra las graderías, o si reventando en el aire la llanta fue pulverizándose en la caída.

Moví toda mi triste insolación hacia los camarines. Fue escupiendo entre dientes mientras orillaba el silencio de las franjas, con los dedos entrelazados encima de las caderas, en la parte de la piel que confina con el anca, que la llamaba el Bachiller Tudanca. Y entonces sentí un necio deseo de ponerme una camisa negra, corbata con adorno de peces y aves multicolores, un traje bien acafiolado, e ir a ver una cabra de Bellas Artes con taller y todo en Dardignac y Pío Nono. Y después comprar entradas al cine y meterme a ver la reposición de "Champagne para César" con Ronald Colman, o "Las Nieves de Kilimanjaro" que era de Hemingway y todo eso. Y después ir a jugar ping-pong en la sede del partido y hablarles demencialmente de Fidel a los de la Base del Pedagógico que tenían tanta labia los gallos. Y después ir al Bier

Hall a escuchar a Tito Cambell cantando eso de no puedo darte más que amor, nena, eso es todo lo que te puedo dar, beber cerveza jusque a tomber, que le dicen los franceses.

Así que, como tenía un panorama por la tarde, hasta me anduvo cayendo como las reverendas ver a Erika sentada sobre el escaño, enredándose todo el pelo suelto en la punta de los dedos. Yo traté de ponerme paquete, y echar un poco para arriba la ceja, y sacudirme con el dorso la porquería que me iba saliendo de las narices, porque no se estila andar tan cuma delante de una muchacha, por muy virgen que uno sea y etcétera.

Pero me pasó lo increíble, gancho. Además de colorado, de pelota, de toda esa capa estival que fue solita haciéndome contacto con todo el cuerpo, inclusive aquello, de todos los tangos de Mores, Soza y Riveros que podría haber cantado admirablemente en ese mismo segundo, así se decidiera a salirme aire por los pulmones, además de todo eso, me puse tan profundamente triste, tan avergonzado, con las manos cruzadas sobre los pantaloncillos, que la miré a los ojos y le sonreí, como si alguno de esos huevones de Hollywood estuviera filmándonos para el Cinemascope. Pero la verdad es que ni ella ni yo dábamos más que para un rotativo de barrio, ni siquiera para hora veinte minutos de rollo, acaso a lo más para una sinopsis entre medio de una de John Wayne con Robert Mitchum y una de Mel Ferrer con Audrey Hepburn, no dábamos ni para una calcomanía, ni para una nota al margen de una novela; si Dios hubiese existido y fuera un novelista, o un guionista de una película que tiene en la cabeza y que no se las cuenta a los actores, como Antonioni por ejemplo, habría aprovechado ese momento para echarse una siesta o fumar un cigarrillo o llamar por teléfono a un amigo del alma para decirle esas cosas ridículas que hablamos con los amigos del alma. Quiero decir... que si algún día pasan esta película en el cielo, y ustedes logran verla, aunque Dios que está en todas partes (como dicen los que lo han visto) hubiese captado de pura buena gente este pedazo, el tipo que le hace en el laboratorio el montaje habría cortado los pedacitos de nuestra escena y se los habría regalado a los niños que necesitan un trozo de celuloide para mirar qué bonitos son los eclipses.

Me llamó por mi nombre soltándose el pelo. Hasta una brisita surgió en ese momento llenándole de polvo las pestañas. Ahora que lo pienso sólo faltaban los violines de Montovani o algo por el estilo supongo.

— ¿En serio? me dijo.

Eché los hombros para adelante y arrugué fuertemente las cejas.

— ¿En serio qué?
— Lo que me dijiste antes.

Yo tenía mi hocico agrietado y sus labios estaban húmedos. Era como el retorno a la prehistoria de nuestra vida.

— ¿Qué te dije?
— Lo que me dijiste allá en la cancha.
— ¿Cuándo?
— Bueno, cuando... me besaste.

Yo quise decirle que no la había besado... Yo quise decirle que todo había sido apenas un intento de asesinato.

— No me acuerdo — gruñó, reojéndole el escote.
— Entonces no era cierto.

Me puse ciertamente furioso. No me importó levantarme las manos del pantaloncillo ni nada de eso, ni que el pajarillo saliera volando si era preciso. Yo necesitaba la palma de una mano abierta, y también la otra para agarrotarla y descargar sobre la primera un puñetazo.

— ¡Era cierto, cresta! ¡Era muy cierto Erika García!
— ¿Qué era cierto?
— ¿Cómo que qué era cierto? ¡Lo que dije allá en la cancha!

Y como si todo lo que existiera en la galaxia fuera un vals o un tango orquestado por Mores, o Piazola o la típica de D'Arienzo, o un fox-trot de 1920, la agarré de la cintura y la fui metiendo a los camarines, lo juro por mi madre.

No sé con cuál mano estiré la colchoneta, ni con qué dolor de ella la penetré, ni cómo se fue trizando en mí el ángel ni hasta donde se desgarraron mis costillas cuando ingresó en mí todo ese olor, y apareció esa fuerte humedad entre sus muslos, ni recuerdo los besos, el signo del zodíaco, la fase lunar, el ángulo del sol contra la muralla.

Seguro que pasó su media hora antes que ella se bajara la falda, metiese en orden la maraña encima de las orejas, y cubriese finamente con las yemas el charquicán de pintura negra que le ojereaba alrededor de los párpados. En ese mismo momento sentí una enorme compulsión por ponerme los pantalones y echar la camisa encima de la gloriosa del "Flecha".

— ¿Qué hacemos? — preguntó Erika.

Se estaba sacudiendo la falda y siguió muy amorosa de mirada y con la voz ronquita, a lo Greta Garbo, como quien dice.

— ¿Cómo que qué hacemos?
— ¿Qué hacemos ahora?

Busqué en todo el camarín la respuesta. En seguida me tiré encima la campera.

— No sé. Yo tengo hambre.

Erika hizo esos movimientos con que las jóvenes damas se ajustan lo que tienen en el pecho.

— Yo también — dijo.

Me rasqué el estómago, contentísimo.

— A decir verdad, yo tengo mucha hambre. Debe ser la hora de almuerzo.
— Vamos a almorzar a mi casa.

Me dí un tiempo para rascarme la nariz y otro para quedarme mirando.

— ¿Qué hay?

— ¿Cómo que qué hay?
— ¿Qué hay para comer?

Terminó de maniobrar una cinta que le puso en redil el resto de las mechas.

Con la punta de los dedos le hice volar un trozo de periódico de encima de la sien derecha.

— Pollo.
— ¿Pollo con qué?
— Con puré y ensalada.
— Está bien — dije —. Vamos.

Agarré la pelota y caminamos hacia la puerta de salida. Casi al salir, le hice dar la vuelta tomándola del codo.

— Espérate un poco — le dije —. Quiero que veas una cosa.

Me adelanté unos metros dándole botes al balón hasta que estuve en la zona de bomba, y ubiqué prolijamente mis pies sobre la raya del tiro libre.

— Ahora fíjate bien — le ordené con un gesto.

Puse la bola entre las piernas y la impulsé con toda la suavidad del mundo, como quien despide en Valparaíso un barco que va a cualquier parte. El balón montó por encima del tablero y fue a perderse entre unos cascajos del fondo de la cancha.

No volví a jugar basketball. Años después publiqué un libro de cuentos, y hace poco terminé de escribir mi primera novela.

A Erika le dije:

— Vámonos a comer ese pollo.